

zapatistas y nada difícil sería sufrir un ataque en cualquier momento; pero resueltos a vender caras sus vidas, el señor Presidente ordenó a los Chauffeurs que no se detuvieran sin su orden, aún en el caso de que fueran atacados.

Antes de llegar a la estación de Tres Marías, alcanzaron a un tren militar de reparaciones con un resguardo de setenta y cinco hombres, y el señor Presidente accedió a las indicaciones de sus acompañantes para tomar el tren y llegar con más seguridad a Cuernavaca. Se le hicieron señas al convoy que se detuvo inmediatamente, y no obstante que los ayudantes del señor Presidente se dieron a reconocer como tales, sin descubrir que el señor Presidente iba con ellos, al descender del automóvil fué reconocido inmediatamente por los oficiales y soldados que le hicieron los honores de ordenanza. Ya sin contratiempo alguno, llegó hasta la ciudad de Cuernavaca, donde lo esperaba el Gral. Felipe Angeles, siendo vitoriado por los escasos concurrentes a la estación del ferrocarril, pues nadie tenía conocimiento de su llegada.

Esa misma noche se ordenó la movilización de los destacamentos más cercanos de fuerzas que podían considerarse leales al Gobierno, y se telegrafió a algunos jefes de zona como el Gral. Rábago en Chihuahua, el Gral. Trucy Aubert en Coahuila, el Gral. Rivera en Oaxaca, y a algunos Gobernadores de los Estados, como D. Venustiano Carranza en Coahuila, Lizardi en Guanajuato, Antonio Pérez Rivera en Veracruz, etc., con objeto de reconcentrar en algunos puntos cercanos a la Capital, las fuerzas disponibles para emprender un fuerte ataque y dominar completamente la situación.

Esa noche, el señor Madero, el señor don Patricio Leyva, Gobernador del Estado de Morelos, y el General Felipe Angeles, dirigieron la palabra al pueblo de Cuernavaca, desde los balcones del hotel donde se hospedó el señor Presidente.

A la madrugada siguiente, y ya reconcentrado un número de fuerzas que ascendían a mil doscientos hom-

bres, emprendieron la marcha sobre la Capital, llenos de entusiasmo. La tropa y la oficialidad se encontraban en el mejor estado de ánimo para el combate. De Topilejo en adelante se fueron obteniendo dificultosas comunicaciones telefónicas con la Capital, solicitando noticias y el señor Ministro de la Guerra, acompañado de otras dos personas, salió a encontrar al señor Presidente poco antes de llegar a Tlalnepantlá, procurando disuadirlo de que entrase a la Capital inmediatamente, por causas que el señor Madero no consideró de peso, y siguió su marcha adelantándose a las fuerzas y llegando en automóvil hasta el Palacio Nacional, cerca de las nueve de la noche. Las cosas seguían en el mismo estado que antes de su marcha a Cuernavaca: Félix Díaz y los suyos posesionados de la Ciudadela, y las fuerzas federales guardando sus posiciones, no habiéndose dado ningún paso para emprender, no ya digamos un ataque serio, pero ni siquiera simulado.

El General Angeles con sus fuerzas tomó posesión, desde luego, del Café Colón y de las calles Anchas, y el resto de las tropas, comandadas por los Generales Delgado, Francisco Romero, Cauz y Maass, tomaron las posiciones que creyeron más convenientes para dominar a los rebeldes de la Ciudadela, que habían extendido sus avanzadas a algunas calles adyacentes, tomando posesión de edificios tan importantes, como la Asociación Cristiana de Jóvenes.

El martes 11 de Febrero, como a las diez de la mañana, se abrió el fuego sobre los rebeldes de la Ciudadela, que contestaron con energía, atacando principalmente la Cárcel de Belén, donde se encontraba parte del batallón de Seguridad y Policía Montada.

El Coronel Rubio Navarrete se encontraba en Querétaro; pero tan pronto como tuvo noticia de los acontecimientos, regresó violentamente a la Capital, siendo su primera visita de la estación a la Presidencia, para protestar al señor Madero su lealtad. Se le puso al tanto de la situación y se le dió el mando de la artillería. Y un

caso significativo: los elementos de guerra estaban en la Ciudadela en poder de Félix Díaz; el Gobierno contaba con cañones y ametralladoras, los primeros con una dotación bien reducida de parque; pero Rubio Navarrete manifestó al señor Presidente que tuviera la seguridad de que indefectiblemente caería la Ciudadela al día siguiente, porque "bastaba una hora de cañoneo constante para destrozarlos." Esa noche conferenció con el Gral. Huerta y al día siguiente, al informar al señor Madero sobre las posiciones que ocupaba su artillería, le expresó la pena de tener que rectificar sus palabras del día anterior, "porque siendo tan espesos los muros de la Ciudadela, (metro y medio) bien poco se haría con los elementos de que disponía."

El Palacio Nacional estaba resguardado por soldados del 11 Batallón, del 2do. de Caballería y algunos cuerpos rurales; se habían emplazado ametralladoras y cañones, y fuerzas rurales de reciente creación, "maderistas" de la revolución de 1910, patrullaban constantemente las calles cercanas. El Palacio se había convertido en un cuartel general al que sólo se tenía acceso con un pase del Comandante Militar, don Victoriano Huerta. El traqueteo incesante, el movimiento inusitado, todo denotaba la actividad febril natural de esos casos; a cada momento llegaban oficiales para recibir órdenes; para informar sobre la situación; Senadores, Diputados, Magistrados, amigos del Presidente, periodistas en busca de noticias para publicar boletines; todos deseosos de ayudar en alguna forma al Gobierno y más ansiosos todavía del triunfo que era indudable porque el héroe de Rellano había jurado por su honor y por su nombre salvar a la República; a cada momento solicitaba respetuosamente hablar al señor Presidente para informarle de la situación; trataba con desmedida hipocresía a todo el mundo, y llevó su farsa con terrible aplomo hasta el último momento, logrando que nadie se diera cuenta de sus planes.

Constantemente se enviaban noticias a toda la Re-

pública, y la mayor parte de los Jefes de Zona y los Gobernadores de los Estados, habían teleografiado su adhesión al señor Presidente, que recibió ofrecimientos de todas partes para reunir fuerzas violentamente y marchar sobre la Capital para sostener al Gobierno legítimo.

Desde el martes a las 10. 30 a. m. que principió el fuego sobre la Ciudadela, y los días de asedio que siguieron, fué una completa farsa. La desorganización en las líneas de fuego era absoluta: los soldados no tenían conocimiento de cuál; eran los oficiales que los mandaban; los oficiales no sabían las órdenes directas de qué jefe obedecer, y durante los dos primeros días los soldados sufrieron privaciones, porque apenas si se les llevó una cortísima ración en todo el día. Los subsecuentes, D. Gustavo A. Madero estuvo pagando de su bolsillo diez mil sanwichs diarios y la esposa del señor Presidente regaló otras cantidades iguales. Los únicos que se batían de verdad, los que eran y seguirían siendo leales, eran las fuerzas del Gral. Felipe Angeles, los rurales, y los Generales José Delgado, Francisco Romero y Joaquín Beltrán; éste último posesionado de Chapultepec y Tacubaya.

Por disposición del Gral. Huerta, el 52 cuerpo de rurales, bajo las órdenes del Comandante José Peña, recibió órdenes de avanzar a pecho descubierto sobre las posiciones enemigas y atacarlos con vigor. Huerta lo sabía bien: la gruesa artillería, las ametralladoras que coronaban los edificios y las emplazadas en las boca-calles acabarían con los "rurales maderistas," y, en efecto, diez minutos bastaron para dejar un hacinamiento horrible de soldados y caballos, pues apenas si sesenta u ochenta hombres pudieron escapar a aquella carnicería.

Desde el martes, los combates continuaron con intervalos más o menos cortos; los de la Ciudadela bombardeaban toda la ciudad, los barrios pacíficos, distantes, causando destrozos incontables de vidas e intereses, y el 80 por ciento de las víctimas sacrificadas durante la

decena trágica fueron no combatientes, hombres, mujeres y niños.

El jueves se luchó con ardor en las calles Anchas, la 6a. Inspección de Policía y la Cárcel de Belén. Los destrozos fueron terribles; dentro de la misma cárcel murieron muchos presos; otros, al pretender fugarse, quedaron muertos por las balas cruzadas entre los leales y los felixistas, algunos se unieron a éstos y muy pocos lograron escapar.

Ese mismo día llegó el General Aureliano Blanquet procedente de Toluca. Acampó en la Tlaxpana con el 29 batallón a sus órdenes, un piquete del 1.º de rurales y una sección de ametralladoras. La prensa enemiga del gobierno dió la noticia de que se había sublevado en Toluca; pero él protestó enérgicamente de aquella acusación y telegrafió su lealtad al Gobierno, solicitando del mismo señor Presidente venir a batir a Félix Díaz. Al día siguiente el Coronel Jiménez Riveroll llevó a las 3.30 de la mañana la noticia al señor Presidente de que dos oficiales del 29 Batallón con algunos soldados, se habían sublevado, dirigiéndose rumbo a la Ciudadela; dos horas después, el General Blanquet en persona estuvo en Palacio, informando de que los soldados mismos habían matado a los oficiales después de que éstos les dirigieron la palabra para despertar su entusiasmo, y que se habían regresado a la Tlaxpana. El Presidente abrazó a Blanquet y lo felicitó, y Jiménez Riveroll pidió permiso al señor Presidente para abrazarlo y felicitarlo por su valor y energía en momentos tan difíciles para la Patria.

El Gobierno seguía reconcentrando elementos militares; ya ascendía a 10,000 el número de soldados, y todos extrañábanse de que no siendo arriba de dos mil los que habían en la Ciudadela, no se hubiera obtenido el triunfo, y fuese, al parecer, muy dudoso o lejano todavía, porque los leales bien poco habían adelantado. Lo más selecto del Ejército se encontraba en la Capital: Huerta, Angeles, Blanquet, Rubio Navarrete, etc., etc.

¿Qué acontecía? ¿Por qué tal lentitud en las operaciones? Se iba formando cierta atmósfera malsana y se veía un desenlace indefinido de la situación.

A la Ciudadela se llevaron provisiones en automóviles de la Cruz Roja o valiéndose de otros medios, sin que al parecer, las fuerzas leales lo impidieran; Francisco L. de la Barra y varios Senadores y Diputados porfiristas hacían propaganda sediciosa, y se habían repartido con alguna profusión hojas sueltas subversivas, y todo con absoluto conocimiento del Comandante Militar de la plaza, Victoriano Huerta, que había nombrado como Inspector General de Policía, en substitución de López Figueroa, al Mayor Camarena, hombre sin ningunas aptitudes y de indolencia bien manifiesta, al grado que el señor Presidente ordenó personalmente su destitución, nombrando en su lugar al Capitán Gustavo Garmendia, Ayudante del señor Presidente, y en esos momentos diputado suplente en funciones de propietario, en el Congreso Nacional.

Pero la situación vino a tomar un cariz grave, porque los Estados Unidos ordenaron la movilización de barcos de guerra a costas mexicanas, con órdenes de que desembarcaran fuerzas y marcharan a la Capital para proteger las vidas e intereses de sus nacionales. Se cambiaron notas entre uno y otro Gobierno con tal motivo, y el Presidente telegrafió en enérgicos y patrióticos términos al Presidente Taft, teniendo además conferencias con el Embajador Wilson, y conjurando por fin todo peligro de intervención.

De la Barra con los suyos, al amparo de las banderas inglesa, americana o española, visitando continuamente al Embajador Wilson, seguía su propaganda sediciosa, y llegó su cinismo al grado de escribir al señor Presidente Madero una carta en que se ponía incondicionalmente a las órdenes del Gobierno, dispuesto a conferenciar con los rebeldes para lograr su rendición; el Presidente le contestó agradeciéndole su ofrecimiento, pero manifestándole que por ningún motivo deseaba tra-

tar con ellos. Entonces de la Barra fué personalmente al Palacio, solicitó hablar con el Sr. Presidente, y éste, por fin, le concedió que fuese a tratar con Félix Díaz; pero de manera privada y nunca hablando en nombre del Gobierno. El Ministro de España estuvo también a conferenciar con el señor Presidente para rogarle que le permitiese cruzar las líneas de fuego y entrevistar a Félix Díaz, pues quería disuadirlo de su actitud, o por lo menos lograr que se concretara a disparar sobre las fuerzas del Gobierno y no a destruir propiedades, etc.; y tratándose de un diplomático, lo concedió el señor Presidente, dando por lo tanto órdenes de que cesara el fuego, hasta en tanto que regresasen los automóviles que condujeron separadamente a de la Barra y al Ministro Español, acompañado este último del Ministro de Alemania y del Embajador Wilson. Después, el Gral. Huerta dispuso que se enviara un ultimátum de rendición a Félix Díaz, exhortando a su patriotismo para que se rindiera "en vista de las dificultades que se presentaban con los Estados Unidos," y con ese motivo se comisionó al Mayor Maas que varias veces entró a la Ciudadela y que trajo como contestación de Díaz, "que no le importaba que los Estados Unidos intervinieran en México." Después ha podido saberse que Huerta aprovechó el conducto de Maas, su pariente, para enviar, en efecto, un ultimátum a Félix Díaz, en que le manifestaba que de no acceder a sus deseos de que se le nombrase Presidente Interino, al triunfo, lo atacaría con todo vigor. Ante esta amenaza, Félix Díaz sabiendo que se le podía aniquilar fácilmente, consintió en la proposición de Huerta y los diversos viajes de Maas a la Ciudadela sirvieron para arreglar en definitiva las bases de su infame tratado.

Se concertó una tregua de veinticuatro horas para la mañana del domingo, durante la cual ambos combatientes se concretarían a guardar sus posiciones, para que los vecinos de la Capital salieran de la zona de peligro y se proveyeran de comestibles, que empezaban a

escasear y a venderse a precios elevadísimos. El Gobierno había tomado previsoras medidas para evitar que el populacho, acosado por el hambre y exasperado por las prédicas antipatrióticas de los enemigos del Gobierno, desbordara su desenfreno, que hubiese sido terrible, saqueando y cometiendo depredaciones. En todas las comisarias se hicieron repartir a los pobres, grandes cantidades de maíz, frijol, pan, etc., los elementos de que se podían disponer en esas circunstancias.

La tregua de veinticuatro horas fué anunciada en volantes que se repartieron con profusión en toda la ciudad, y todo el mundo se echó a la calle sin temor alguno; pero a las dos de la tarde, los felixistas avanzaron hacia las posiciones de los leales y abrieron un nutridísimo fuego, que tuvo al fin que contestárseles para evitar mayores pérdidas o ser rechazados de sus posiciones. Infinidad de pacíficos ciudadanos cuya sola curiosidad los había llevado a examinar la situación que guardaban unos y otros combatientes, cayeron atravezados por las balas felixistas.

El fuego, con algunas interrupciones, se prolongó hasta el lunes, bombardeando los rebeldes especialmente el Palacio Nacional, donde cayeron dos granadas en la puerta Mariana, hiriendo a cinco soldados. La sangrienta farsa continuaba. Los barrios pacíficos, como los días anteriores, fueron bombardeados con terrible lujo de barbarie, sin importar a la soldadesca ebria, ni los enormes perjuicios materiales, ni las quejas que los extranjeros presentaban a sus respectivos Gobiernos y que odrian traer consecuencias muy serias para la República.

En las aristocráticas colonias Roma y Juárez, muchos felixistas, ocultos en las casas particulares, disparaban sobre las tropas leales al Gobierno, y ese día fué herido de gravedad el comandante de rurales Gabriel Hernández.

El día anterior había sido incendiada la casa del señor padre del Presidente, en las calles de Berlín y Li-